

BEBI FERNÁNDEZ

CUENTOS AFILADOS EN NOCHES EXTRAÑAS Y OTRAS PUÑALADAS



Bebi Fernández

Cuentos afilados
en noches extrañas
y otras puñaladas

 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Bebi Fernández, 2022

© de la ilustración de la portada, Carla Fuentes

© de las ilustraciones del interior, Carla Fuentes

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2022

Depósito legal: B. 1.958-2022

ISBN: 978-84-08-25467-6

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

LA ESCRITURA COMO CHISPA



¿Es posible capturar un mundo en unas cuantas palabras? ¿Es posible que unos pocos segundos de lectura planteen un inicio no concluido en la mente de un lector que posibilite la creación de toda una historia no escrita en su imaginación? Seré más precisa: ¿es posible generar un incendio escribiendo? ¿Una chispa nacida de un breve instante —cinco, seis oraciones— que provoque un temblor sentimental, un cortocircuito en el corazón con la fuerza suficiente como para hacerlo explotar? ¿Pueden escasas líneas sobre un papel hacer recapacitar sobre la vida y las sucesivas narraciones que aplica o sobre realidades sociales que le son propias, cercanas o ajenas? Yo creo que sí, pues esto mismo es lo que han hecho conmigo los cuentos breves que he leído a otros escritores desde muy pequeña. Han sacudido mi alma. Me han producido unas extrañas e incon-

tenibles ganas de perseguir a la vida como los niños a un globo que se escapa. Y esto mismo es lo que, sin siquiera yo saberlo en un principio, mis propios cuentos persiguen.

En un principio, desconocía que mis concisos escritos constituían todo un género literario, que cuenta en su brevedad con su mayor virtud. Para mí, simplemente, eran pequeñas cerillas encendidas de forma imprevista y divertida en mi mente. Estas eventuales cerillas iluminaban por un instante el lugar donde prendían y a mí misma. Tenían por efecto un halo que lo envolvía todo mientras las letras alboreaban a mi alrededor como fuegos artificiales. Tomaban forma, trepaban por mis dedos hasta llegar a la punta del bolígrafo o a la superficie de las teclas y amanecían y hacían surgir con ellas otro día —más maravilloso, más extraordinario— dentro del día que era. Entonces, tras la epifanía, tras escribirlas y leer lo que narraban, yo quedaba mirando a la pared o a la ventana de la habitación, o a la barra de la cafetería, o a la pizarra de la clase, como en un extraño trance involuntario. Ese trance en el que uno se sume cuando entiende por un instante la vida antes de volver a desentenderla. Pequeños éxtasis divinos, los llamé un tiempo después, porque estos soplos místicos me unían por un momento, de forma casi espiritual, a una especie de divinidad *a priori* inexistente —lo que yo más tarde llamaría «el fuego»—, que me fusionaba con algo indescriptible, aunque no inimagi-

nable, como es el arte. La escritura es el cordón umbilical que me conecta a la vida. Los aforismos, microcuentos y microrrelatos describen pensamientos y ensoñaciones que de otra manera no sabría expresar o ni siquiera existirían en un plano distinto al de mi universo creativo interno. Si el proceso literario se tratase de un embarazo, estas pequeñas historias serían la concepción. Su lectura, la gestación. Y ese breve éxtasis en el que lo envuelven a uno tras leerlos es el nacimiento de la energía que crea vida a su alrededor. Algo a lo que se le ha llamado «parto» y también «alumbramiento», cuyas acepciones —las de este último nominativo— se relacionan también con la luz; una luz como la que el fuego emite y se relacionan también con la creación literaria de forma quizá no tan casual. Al fin y al cabo, escribir es crear vida.

alumbramiento

1. m. Dotación de luz y claridad.
2. Parto o nacimiento de un bebé.
3. Creación de una obra de la mente humana.

El microcuento es una historia diminuta, pero de un contexto profundo. Engloba todo un espectro literario que exige al escritor un brillo, una habilidad de desenvolvura específica. Requiere ser sagaz. Requiere una micromaestría difícil de adquirir si no se contiene en germen. No se puede encender un fuego sin cono-

cer el mecanismo de la chispa. No se puede aunar estética, brevedad y emocionalidad sin gracia. Para generar ese trance del que hablaba anteriormente en el lector, uno debe antes provocárselo a sí mismo. Se requiere de un destello literario para armar un juego que exige creatividad en la inmediatez del tiempo en que es leído; y, no pocas veces, encuentra al lector desprevenido por la vertiginosidad de sus giros, por su ferocidad final; he ahí su mecanismo de existencia, su construcción entre lúdica y trágica y su especial dinámica.

Por eso admiré siempre tanto a los autores que, al margen de sus más o menos extensas obras poéticas o narrativas, también escribían cuentos. Porque escribir un cuento es despertar a dos niños, el interior del que lo escribe y el del que lo lee. Escribir cuentos es imaginar con la ilusión del que todavía conserva la fantasía inmaculada, y nada hay más importante que conservar la ilusión y saber cómo recobrarla en uno mismo y los demás.

A veces, es necesario darle la vuelta a uno mismo y mirar desde una nueva perspectiva. Por eso, aquí le dejo al lector mi pequeño desfibrilador. Mi secreto método de volcar el corazón, de darle la vuelta como a un reloj de arena para comenzar con tiempo nuevo, para que lo emplee cuando desee. Porque, aunque la realidad que nos circunda se empeñe en cubrir nuestra espontaneidad en una masa de cotidianidad y seriedad gris, repleta de normas y normalidades que atrapan

nuestra luz y la engullen hasta ocultarla, la luz no está extinta; no está apagada. Todos somos esa luz. Todos deseamos emocionarnos. Todos deseamos conmovernos; enterrecernos; inquietarnos; impresionarnos. Cada corazón que late hoy aquí y allí, preso del monótono latido del mundo, está deseando en secreto explotar.

CUENTOS AFILADOS
EN NOCHES EXTRAÑAS



UN CACTUS CUALQUIERA



El jardinero pensaba, como era lógico, que era imposible revivir algo que estaba muerto, pero, de todas formas, no perdía nada por echar el agua sobrante del riego a un cactus seco.

A la mañana siguiente, la piel del cactus vestía un reluciente verde y había brotado de aquella planta una enorme flor de un color fucsia intenso que captó la atención del jardinero de inmediato al llegar al jardín.

«No deberías sacar conclusiones precipitadas», pareció decirle la planta a través de aquella flor.

A veces, nuestros propios pensamientos nos dominan y matan lo que aún puede estar vivo. Pero, si nosotros logramos dominarlos a ellos, puede que lo que se suponía ya muerto, de pronto, encuentre la fuerza suficiente para renacer.